

IV Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile, 2001.

Percepciones y autopercepciones de ancianos en Santa Cruz de Andamarca. Asociaciones con actividad y productividad, y salud y muerte en una Comunidad de la sierra de Lima.

Angélica C. Nué Guerrero.

Cita:

Angélica C. Nué Guerrero. (2001). *Percepciones y autopercepciones de ancianos en Santa Cruz de Andamarca. Asociaciones con actividad y productividad, y salud y muerte en una Comunidad de la sierra de Lima. IV Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/iv.congreso.chileno.de.antropologia/64>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ef8V/rmc>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Tucker, D., Singh, J.; Meinhard, A. (1990) "Founding Characteristics, Imprinting, and Organizational Change" en Singh, J. V. (editor). *Organizational evolution: New directions*, Sage, Newbury Park.

Villasante, T. (1997) "Desde las redes locales hasta un tercer sistema democrático" en Jerez, Ariel (comp..)

¿Trabajo voluntario o participación? Elementos para una sociología del Tercer Sector, Tecnos, Madrid

Yuri, J. (2000) El mito del eterno retorno. Educación, subjetividad y adultos mayores" en en Duschatzky, S. y otros (compiladores), *Tutelados y asistidos. Programas sociales, políticas públicas y subjetividad*, Paidós, Buenos Aires.

Percepciones y autopercepciones de ancianos en Santa Cruz de Andamarca. Asociaciones con actividad y productividad, y salud y muerte en una Comunidad de la sierra de Lima

Angélica C. Nué Guerrero*

Introducción

Con el avance de la tecnología se ha conquistado, entre otras cosas, el tiempo. Se ha logrado la prolongación de la vida; pero esto conlleva el "problema" de envejecer. Todos los cambios en la vida física, laboral, social, emocional, etc., son parte de un proceso natural que es también una experiencia vital y que como tal exige adaptaciones e interpretaciones. Para quienes no lo viven (jóvenes y adultos), este proceso/ experiencia es percibido "desde fuera" mediante un conjunto de creencias e imágenes recibidas de sus referentes concretos: los ancianos. Para estos, las percepciones de la ancianidad se construyen "desde dentro" a partir de la propia vivencia y de lo que ven en ellos mismos, por eso las llamamos autopercepciones.

Este es el tema del que se ocupa nuestra ponencia. Vamos a presentar las percepciones y autopercepciones de ancianos en Santa Cruz de Andamarca, pueblo agricultor y ganadero ubicado a 3522 m.s.n.m. en la sierra del departamento de Lima, a unas 6 horas de la capital del país. Aquí realizamos un trabajo de campo entre septiembre y noviembre de 1999 con una metodología que incluyó entrevistas a no-ancianos (entre 16 y 40 años), y ancianos (a partir de 65 años). Para acercarnos a estas percepciones y autopercepciones usamos dos asociaciones:

- Ancianidad - actividad y productividad.
- Ancianidad - salud y muerte.

Por actividad nos referimos a los trabajos realizados por los ancianos y su capacidad de seguir haciéndolo. La productividad abarca la producción social (familia) y material (propiedades), pasando por la capacidad de auto sostenimiento y participación en el progreso del pueblo. Nos guían las preguntas: ¿Qué hace y no hace un anciano? ¿qué puede y no puede hacer?, ¿qué debe y no debe hacer?, ¿por qué?, ¿en qué repercute?.

En tanto el hombre se identifica y valora como un ser productivo, es importante que este reconocimiento se mantenga vigente para sentirnos parte integral del sistema social. El rol de trabajador es fundamental para la valoración. (Bengston:1989). Si los ancianos no son reconocidos como personas productivas, entonces su valor disminuye. Su actividad no repercute en su alta valoración puesto que ya van formando una minoría que no es tan fuerte ni productiva como los jóvenes y que por lo tanto se acerca a los bordes de la sociedad, perdiendo su papel activo dentro de ella. Al salir del mercado laboral se produce un cambio en el fluido económico del pueblo y en el manejo de recursos y situaciones que puede controlar, produciéndose una muerte social que precede a la física (Hazam 1994). Por otro lado, la importancia de la actividad se puede enfocar desde su influencia directa en la salud, pues existe un nexo natural entre ambas (Bengston 1989). Sin embargo, con el paso de los años las limitaciones producidas por la pérdida de fuerza física se incrementan, y se debe controlar la cantidad de trabajo realizado. Como cada anciano es diferente, pue-

* Pontificia Universidad Católica del Perú, Perú

den haber diferentes niveles óptimos de actividad para cada uno (Bahr 1989), lo que podría significar la disminución en la cantidad o tipo de actividad que están acostumbrados a realizar.

Con respecto a la asociación con la salud y muerte, las preguntas guías son: ¿Cómo es la salud de los ancianos?, ¿cuál es la importancia de una buena salud, y en qué influye? ¿parece lógico hablar de una muerte próxima?, ¿por qué se desea morir?, ¿por qué puede ser más comprensible o menos dolorosa la muerte de un anciano que la de un joven?, ¿cómo influye una buena vida, las metas cumplidas y por cumplir, en una buena muerte para los ancianos?

Para un anciano resulta fácil hablar de la muerte (incluso la propia) después de haber vivido muchos años, acumular muchas experiencias, y haber perdido seres queridos. El tema está presente en el discurso cotidiano, pero eso no significa que se acepte o se niegue sino que puede abordarlo con naturalidad porque tiene mayor conciencia de que ha de morir. (Salvarezza 1998). Cuando las experiencias con la muerte han sido mínimas o cuando se percibe que quedan cosas por hacer, la muerte se coloca más lejos. Para los demás, la muerte de un anciano puede ser sobrellevada porque se entiende que está apartado de la dinámica cotidiana del joven y adulto, sus limitaciones físicas disminuyen su deseo de vivir y hace su pérdida menos trágica, tiene pocas responsabilidades sociales, sus hijos tienen posibilidades de sobrevivir, etc (Ibíd.). Hay una relación directa con salud y enfermedad, porque son indicadores e influencias definitivas en una posible muerte (cuanto más activos y saludables, obviamente esta parece más lejana). Pero morir no significa solamente el acto de dejar de vivir, sino "dejar de ser" muchas cosas, en muchos sentidos: útil, activo, productivo, necesario, fuerte, saludable, etc., "dejar de ser" parte de una sociedad que cada vez lo deja más de lado y lo "cotiza" menos.

Después de presentar las percepciones y autopercepciones de ancianos siguiendo cada una de las asociaciones planteadas, estableceremos a quién se considera anciano, y qué significa serlo en Santa Cruz de Andamarca. La situación es variada: hay ancianos con buena posición económica y otros pobres; ancianos con buena salud física y otros con enfermedades; ancianos viudos y parejas que están juntas por más de 40 años; ancianos sin hijos o sin propiedades; ancianos deprimidos y ancianos optimistas, etc. Esta heterogeneidad permite tener diferentes rutas de acceso para comprender cómo se percibe el proceso/ experiencia de la ancianidad tanto

desde los no ancianos como desde los ancianos mismos; pero sólo presentaremos tres posibles explicaciones teóricas que siguen la lógica usada por los mismos pobladores: valoración de la productividad y del rol del trabajador, liminalidad y ambigüedad del proceso/ experiencia, y vivencia y lectura del sufrimiento. Sobre este tema recurrimos a David Morris, para quien el sufrimiento puede esconderse en el silencio, o expresarse a través de él. La dimensión no verbal puede albergar un sufrimiento más profundo e íntimo que se vuelve una condición de la vida, y por lo tanto se asume que hay que vivirlo y responder a él. La misma comunidad crea sus concepciones y prácticas del sufrimiento (cómo se sufre), pero también las respuestas y remedios únicos. (Morris: 1997).

Percepciones y autopercepciones de ancianos

Asociaciones con actividad y productividad

División del trabajo y la importancia de seguir trabajando

Como es fácil de comprobar, los ancianos siguen en actividad, están haciendo algo, y esto es muy importante para ellos. Se dedican principalmente a trabajos poco pesados y que demandan poco esfuerzo. Los varones siguen yendo a la chacra, pero no hacen los trabajos más duros asignados a los jóvenes (voltear la tierra o usar herramientas pesadas). Varones y mujeres siguen pastando las vacas, llevan almuerzo para los peones en las chacras, o cargan un poco de leña. Si la fuerza física no les ayuda para ir muy lejos entonces las mujeres se dedican a su casa, donde la presencia es mayor con la edad. Cuando la vista o el oído no las ayuda, las actividades domésticas (cocinar, tejer, lavar, etc.) se dificultan.

Los no ancianos perciben que para los ancianos "su costumbre es trabajar" y su ley es "trabajar hasta morir"; pero trabajan "a su fuerza", "a su capacidad", que obviamente no es la de un joven y por eso, implícitamente, no vale igual. Los mismos ancianos reconocen que, aunque quieren, no pueden hacer todo lo que hacían antes porque "la fuerza no acompaña" y es más fácil cansarse. Algunos perciben que la fuerza disminuye a partir de los 60 años; pero algunas enfermedades limitantes como artritis no tienen edad fija de inicio. Pero como toda la vida han trabajado mucho es difícil dejar de hacerlo, incluso a pedido de los hijos. Por eso

tienen que buscar actividades que los distraigan de preocupaciones o dolores físicos, y que los mantengan haciendo algo, no sólo porque sienten que pueden y deben hacerlo, sino porque no quieren estar sin hacer nada. Pueden simplemente caminar para "calentarse" y para que el cuerpo se mantenga activo. Por eso la mayoría rechaza la vida en la capital, donde no pueden tener actividad constante (los hijos no lo permiten), y ni siquiera es fácil caminar por la geografía de la ciudad y el peligro que ofrecen las calles.

La producción de una vida: propiedades y familia. ¿Actual disminución de la productividad?

El percibir que los ancianos han trabajado mucho durante su vida implica que han producido cosas importantes social y materialmente: hijos profesionales, casas en el pueblo y la ciudad, chacras, ganado, etc. Todo se dirige al bienestar de los hijos, pues las propiedades se reparten entre ellos y se siguen trabajando hasta que las administren. Sin embargo, existe la angustia de no saber qué harán con ellas en el futuro, si las mantendrán produciendo o las venderán. Algunas excepciones se producen cuando no hay propiedades o no hay hijos. En el primer caso (no propiedades), lo más importante para los ancianos es haberles dado a sus hijos una educación básica que pueda ayudarlos para defenderse en la vida. En el segundo caso (no hijos), las propiedades quedan para los sobrinos u otros parientes cercanos, y se trabajan para el auto sostenimiento con la preocupación de "para quién será, qué pasará".

En vista que siguen trabajando, no se puede decir que los ancianos no son productivos; pero en la medida que ya no pueden atender bien sus propiedades y que ellos mismos no hacen el trabajo más fuerte, esta productividad va disminuyendo: la cosecha es menor, la calidad del producto disminuye, el costo aumenta, se deben vender animales o tierras a bajos precios, etc. Para quienes no son ancianos la fuerza se valora más porque va unida a mayor capacidad de producción. Como los ancianos "no trabajan igual", con la misma fuerza de un joven, entonces se percibe que no son productivos (no tanto como antes) y por lo tanto su trabajo se valora menos. Los ancianos reconocen que por su falta de fuerza deben contratar trabajadores que no siempre pueden vigilar, y esto hace que la producción se vea afectada.

Deber ser: sobre el descanso y la actividad política.

Los no ancianos perciben que nadie impide a los ancianos que trabajen, pero al mismo tiempo nadie los

obliga a trabajar. Ya lo hicieron durante su vida, y lo que deben hacer ahora es descansar. Este deber se entiende, al menos, desde dos aspectos:

- Beneficio: No deberían hacer trabajos pesados que insisten en hacer porque tienen limitaciones físicas. El descanso sería un beneficio: para su salud, porque sin esfuerzo no hay desgaste de energía; y para la tranquilidad de su familia, que no se preocuparía por su seguridad.
- Peligro: El trabajo que hacen, aunque sea caminar, se vuelve peligroso para los ancianos porque son más propensos a accidentes. Si estos suceden, no tendrían la fortaleza física ni la habilidad de un joven para poder evitarlo o sanar rápidamente. Por lo tanto, descansar los aleja de correr riesgos.

Una actividad que cumplen los ancianos es ejercer cargos políticos, que no se asocia directamente con la fuerza. Muchas personas confiarían más en un anciano como autoridad porque manejan el estereotipo que los relaciona con cierta sabiduría y conocimiento basado en la experiencia y "sabe" porque "ha vivido", lo que le da la habilidad para manejar situaciones. Otro estereotipo es que los ancianos tienen ideas antiguas, son conservadores, resistentes al cambio, no pueden modernizarse ni contribuir al progreso (ya lo hicieron en el pasado). Esto influye en los jóvenes para confiar más en un joven porque puede aprender las leyes que se modernizan, tienen ideas nuevas, son dinámicos, y muchos han estudiado.

Asociaciones con salud y muerte

Salud y limitaciones, ¿enfermedad o características de la edad?

Hay una percepción ambigua sobre la salud de los ancianos. Aparentemente es buena, sobre todo porque comúnmente no se asume una enfermedad como tal hasta que impide la actividad. Si siguen trabajando, entonces tienen buena salud; incluso muchos ancianos afirman que nunca se enferman y atribuyen su buena salud a la alimentación pasada. Pero al mismo tiempo se percibe que la salud es regular, vulnerable o mala porque se relaciona con la fuerza: como han trabajado mucho durante toda la vida, ahora las fuerzas "ya no acompañan", y esto trae consigo la pérdida de habilidades físicas y debilidad ósea. El identificar estas características (normales y propias del proceso de envejecimiento) como una enfermedad en sí, permite relacionar el ser anciano con estar enfermo.

La consecuencia de las limitaciones que vienen con la edad es no poder trabajar como se desea. Por eso, ante la pregunta de qué harían con una "mejor salud", los ancianos responden que trabajarían más. Por el contrario, si enfermaran, la mayoría se dispondría a morir. Esto parece ser más por el hecho de no poder hacer nada ("dejar de ser" activo) que por una asociación directa entre enfermedad y muerte. Por eso conservar la salud es importante para la actividad y el bienestar emocional. Un anciano enfermo no puede hacer nada, está aburrido, se deprime, y muchas veces quiere morirse; mientras uno saludable puede hacer "de todo", continúa con sus actividades normalmente, y se siente bien.

¿ Quiénes mueren? Influencia de una buena vida en una buena muerte

La muerte se representa en general como algo aleatorio. Cualquiera puede morirse porque "para la muerte no hay edad" y puede sorprender igual a un niño, joven, adulto o anciano. Pero la muerte de un niño, joven o adulto se relaciona más con el azar (accidente o enfermedad repentina) mientras que la de un anciano, con una enfermedad generalmente penosa o la edad. La muerte de un anciano resulta lógica y menos injusta porque él "ya gozó la vida", ya vivió, ya trabajó, tiene la vida hecha. Hay "más conformidad" porque su muerte puede significar el descanso de diversos sufrimientos. Pero los otros todavía tienen "una vida por delante", representan un potencial productivo y por eso su muerte produce más pena y el pueblo se lamenta más.

Los ancianos perciben la muerte como un hecho natural que no debe dar miedo. Se asume como algo aceptable y probable, sobre todo cuando se han logrado las metas propuestas en la vida (tener hijos con capacidad de sobrevivir, haber reproducido las propiedades, haber tenido un buen matrimonio, etc.), queda muy poco o nada por hacer, y no tienen planes concretos para el futuro. Las probabilidades son mayores para las personas de edad más avanzada, quienes perciben que ya han vivido lo suficiente y que ya han cumplido sus objetivos. En los ancianos más jóvenes está presente la idea de "cosas por hacer" y que todavía falta por vivir, por lo que morir no sería malo pero cortaría los planes futuros (que tienen que ver generalmente con el trabajo).

Razones del deseo de morir

Algunos ancianos no sólo aceptan la muerte sino que también la desean. Pero a veces este deseo es una respuesta rápida para aliviar los sufrimientos, que después es superada al reconocer que quedan cosas por

hacer. Podemos resumir las diversas razones del deseo de morir en las siguientes:

- a) "Enfermedades reales", permanentes (p.e. artrosis) o pasajeras (p.e. infecciones). Su consecuencia es el reposo y la creación de un tiempo libre que aburre y potencia el sufrimiento que producen tanto los dolores físicos como el hecho de no poder realizar sus actividades normalmente. Sin pastillas o inyecciones no podrían hacer su vida normal, por lo que existen limitaciones reales para el trabajo; pero los ancianos no quieren estar sin actividad. Ésta influye directamente en su bienestar, y por eso es más fácil desear la muerte si no se puede hacer nada. Cuando la enfermedad está pasando, el ánimo regresa con la salud porque pueden volver a sus quehaceres.
- b) La soledad producida por la pérdida de la pareja: "la vida solo es muy triste". La muerte de un ser querido produce una muerte parcial en la misma persona. A pesar de mantener la mente ocupada, es imposible no pensar en la pareja, y esto también deriva en una depresión que conlleva el deseo de morir. Además, la muerte abriría la posibilidad de encontrarse con la persona perdida.
- c) La soledad producida por el abandono de los hijos o nietos, quienes viviendo en la ciudad o en el pueblo se preocupan poco de sus ancianos y tienen poca paciencia para ayudarlos cuando lo necesitan. A veces esto se interpreta como ingratitud, y produce tristeza. Entonces se desea la muerte para ya no "dar problemas" o no ser una "carga".
- d) El sufrimiento que producen los cambios que vienen con la edad. Esto se expresa como un aburrimiento de la vida, pues ésta, sin poder hacer todo lo que se quisiera y sin ser independiente, no vale lo mismo y "aburre". Además, hay una angustia producida por las limitaciones económicas que trae la disminución de la productividad. Morir significaría un alivio de las penas, un descanso.

¿Quién es anciano en Santa Cruz de Andamarca?

Aunque la edad promedio que los no-ancianos perciben como inicio de la ancianidad es de 60 años, un

anciano se define sobre todo por sus características físicas, como pérdida de fuerza o vigor; su capacidad para el trabajo; su dificultad para atenderse a sí mismo y su dependencia; su salud vulnerable; su carácter amargado y poco paciente, etc. Una persona de 60 años que sigue trabajando y es fuerte no es un anciano propiamente dicho, mientras quienes tienen actividades limitadas sí califican como tales.

La asociación entre ancianos-actividad no repercute en una gran valoración de ellos. Están en actividad pero no tienen la fuerza de un joven, que es más valorada socialmente en términos de productividad: en tanto pueden trabajar más, producen más.

Muchos jóvenes y adultos jóvenes no desean llegar a viejos "para no sufrir", para "no dar pena", para "no preocupar" o porque la muerte se hace eminente. Esto puede evidenciar una real asociación entre ancianos y cercanía a la muerte, pero sobre todo entre ancianos y sufrimiento de algún tipo. La soledad, inactividad, dependencia, son rechazadas y temidas. Al contrario, si se puede mantener la actividad, la independencia, y la compañía de los seres queridos (sobre todo hijos y nietos) que muestren interés por ellos, entonces la experiencia se percibe agradable y pacífica.

¿Qué significa ser anciano en Santa Cruz de Andamarca?

Los ancianos se perciben como personas que están en actividad y por lo tanto son productivas y valiosas. Sus obras pasadas y su experiencia presente así lo confirman. En tanto pueden realizar trabajos (de diversa índole) y se sienten útiles e independientes, la experiencia de la ancianidad se vive bien. Pero debido a que las fuerzas no son las mismas, y se "deja de ser" todo lo activo que se desea, "se sufre".

La experiencia de la ancianidad entonces implica un proceso de cambios físicos, sociales y emocionales que muchas veces conllevan sufrimiento y que como este, exigen adaptaciones. El esfuerzo por adaptarse convierte a la actividad (cualquiera que sea) en una fuente de situaciones positivas y altamente valoradas que hacen de la ancianidad un proceso/ experiencia que forma parte natural del ciclo de la vida y que como tal, hay que vivirlo. La idea de que la muerte puede estar cerca no produce temor sino aceptación cuando se han alcanzado las metas de vida, se ha vivido ya suficiente tiempo, y se siente que se han producido cosas importantes. Pero puede volverse también deseable cuando

se percibe que los sufrimientos verían su alivio en "dejar de" vivir y no sólo en trabajar. La ancianidad en este sentido es una experiencia que acerca a la muerte y permite pensar en ella de manera más natural, introduciéndola fácilmente en su discurso cotidiano.

Algunas posibles explicaciones

Reciprocidad económica y social: valoración de la productividad

Los jóvenes de Santa Cruz perciben que los ancianos ya no son tan productivos como antes y por lo tanto no son valorados de la misma manera que un joven o adulto joven. Al envejecer se cambian los trabajos rudos y esforzados por simples que no requieren mayor fuerza. En este sentido, los ancianos dejan de contribuir al progreso de la sociedad y desarrollo del pueblo porque ellos ya han cumplido sus labores, ya hicieron, ya vivieron. Es lógico que cedan el paso a los más jóvenes, quienes todavía están aprendiendo y trabajan con más fuerza. Existe una lucha entre fuerza y experiencia donde no hay un consenso de cuál tiene más valor, y que divide a las generaciones (los jóvenes valoran la fuerza, los mayores la experiencia).

El proceso de envejecer implica entonces un problema social que tiene que ver con la interrupción del funcionamiento del intercambio económico y la salida del mercado laboral. Lo que hacen los ancianos no tiene un alto valor social, y dejan de tener control sobre recursos y situaciones. Al "dejar de ser" productivos y activos, "dejan de ser" parte integral del sistema social, acercándose a sus márgenes. Podemos hablar entonces de una muerte social que precede a la física y que a veces es considerada ventajosa en el sentido que deben "descansar" (es decir, "morir") para su propio bien y de los demás. Pero el ser poco o nada productivos puede ser un mito, sobre todo cuando se comprueba que sí hacen algo, que sí trabajan, mantienen y hacen funcionar sus propiedades, aunque sea de forma indirecta. Su actividad (aunque sea limitada) es sumamente importante para su salud. No sólo trabajan porque están sanos, sino para estarlo. La ausencia de tiempo libre y la actividad por sí misma influyen en el nivel de bienestar personal. Si los ancianos quieren hacer algo, los no ancianos no se los pueden impedir, porque la falta de actividad trae consecuencias negativas.

Ambigüedad, liminalidad y transición. El miedo a lo desconocido y a "dejar de ser"

La muerte generalmente se percibe como un hecho aleatorio; pero la muerte de un anciano resulta más lógica que la de un joven porque se entiende que aquél ya ha vivido y por lo tanto puede (y merece) descansar, sobre todo cuando está atravesando por un proceso de sufrimiento. Al "dejar de ser" muchas cosas representan de alguna manera la muerte estando vivos, más aún porque están atravesando por una muerte social. Podemos hablar entonces de una ubicación liminal entre la vida y la muerte que se percibe como algo peligroso e indeseable, y muchas veces implica actitudes de rechazo, temor o evitación.

El temor de los jóvenes a envejecer se asocia no sólo con el temor a morir sino con el temor a lo desconocido: no saben cómo será su vejez, pero lo que perciben es desagradable. Hay un manejo de características y estereotipos que asocian la vejez con enfermedad (pérdida de capacidades físicas), sufrimiento, abandono y dependencia, que colocan a la ancianidad en el orden de lo indeseable. Estas características están en contradicción con situaciones altamente valoradas: fuerza, gozo, compañía, independencia. Por lo tanto, la vejez se rechaza. Mientras puedan valerse por sí mismos, pueden envejecer; pero cuando dejen de hacerlo, sería preferible morir. A pesar de reconocer que los ancianos siguen activos, esto no es suficiente para valorar un proceso inevitable (envejecer). Esto influye en la evitación de su compañía, pues el contacto con ancianos implica contacto con lo no deseado. La ancianidad se vive mejor mientras se sigue activo, y esto se comprueba en la valoración que hacen los ancianos de su propia actividad, la cual les permite sentirse parte integral del sistema y escapar de los bordes.

Sobre el sufrimiento, su vivencia y su lectura

El sufrimiento se percibe como algo casi intrínseco a la ancianidad, pero los ancianos lo leen como algo más natural que forma parte de la experiencia cotidiana. Aunque parecen tener muchos motivos para sufrir, la primera impresión que transmiten es la de una vida tranquila, sin más preocupación que la de trabajar (todo tipo de actividades que los hagan sentirse útiles e independientes). Pero detrás de muchas expresiones se puede percibir una dimensión no verbal que esconde el sufrimiento vivido en un nivel más íntimo y silencioso. Las limitaciones físicas de la disminución de la fuerza conlleva a la disminución de la actividad, y se inicia un

círculo vicioso (disminución de fuerza/ disminución de actividad/ disminución de motivación para vivir/ tiempo libre/ depresión/ enfermedad/ actividad limitada/ deseo de morir) que, si no es fácil de sobrellevar, entonces también hay que reformular y reinterpretar.

En este sentido, el sufrimiento se vuelve más una condición de la vida, un evento, que un estado del ser, por lo cual se tiene que asumir y sobrellevar como cualquier otro problema. Se sufre, si, pero también es posible encontrar alternativas a este sufrimiento. Casi siempre esto se interpreta como "distracciones" que finalmente no son más que actividades (y seguimos en el círculo). Mientras están haciendo algo, el sufrimiento es llevadero (incluso estando solo), y se puede llegar a no pensar en él. La independencia y la actividad desencadena, así, un círculo virtuoso que genera bienestar y tranquilidad. Pero para los no ancianos, envejecer significa sufrir porque ellos no han desarrollado los mecanismos de respuesta, y su lectura del sufrimiento es diferente, muchas veces surgidas sólo de estereotipos.

Finalmente, todo esto no tendría sentido si no se entiende dentro de los ámbitos de la misma sociedad y cultura en donde interactúan ancianos y no ancianos, creándolas y recreándolas constantemente. La aflicción podría ser promovida por las instituciones al negar la participación de ancianos en actividades, pero en tanto no se les niega su participación voluntaria, se abre (tal vez, legítima) un camino creado por los mismos ancianos como alternativa. La Comunidad Campesina, por ejemplo, es una institución donde los ancianos encuentran un espacio de poder y acción porque se valora la experiencia. Así, cada la comunidad crea sus concepciones y prácticas de cómo se sufre, pero también crea las respuestas y remedios únicos.

Bibliografía

1. BAHR, Stephen J. y Evan T. Peterson, *Ageing and the Family*. Massachusetts/Toronto, Lexington Books, 1989.
2. BENGTON, Vern, *The course of later life*. New York, Springer, 1989.
3. DOUGLAS, Mary, *Pureza y Peligro*. Madrid, Siglo Veintiuno de España Editores, 1973.
4. HAZAM, Haim, *Old age. Constructions and Deconstructions*. Cambridge, Cambridge University, 1994.
5. MORRIS, David. *About Suffering: Voice, Genre and Moral community*. En: *Social Suffering*, Arthur Kleinman, Viena Das and Margaret Lock (ed). California, University of California Press, 1997.
6. SALVAREZZA, Leopoldo (editor), *La vejez. Una mirada gerontológica actual*. Buenos Aires, Paidós, 1998.